

Las Bananeras y la masacre de Guayaquil: literatura y génesis

The Banana Massacre and the workers' massacre in Guayaquil: literature and genesis

Manuel Felipe Álvarez-Galeano^{1*}

¹ Universidad Nacional de Córdoba, Argentina. Doctorando en Estudios Sociales de América Latina, mención: Sociología

Nace en Medellín, Colombia. Es filólogo hispanista, por la Universidad de Antioquia; máster en Estudios Avanzados de Literatura Española e Hispanoamericana, por la Universitat de Barcelona. Es editor, conferencista, docente, pintor e investigador de estudios sociales y suicidológicos. Ha ganado el V Premio Literario "Letras de Iberoamérica", en México; dos veces el Premio Literario "Monteiro Lobato", en Brasil, y el XI Premio Internacional "Ermelinda Díaz", de Chile, entre otros.

* galeanopippo@gmail.com

DOI: <https://doi.org/10.26871/killkanasocial.v5i2.829>

Resumen

Se presenta una investigación vinculante con los estudios sociales y literarios, a propósito de la masacre de las Bananeras, sucedida en 1928, en Colombia; así como la masacre obrera de Guayaquil, de 1922. Se pretende establecer sus características, versiones, contextos y semejanzas, a partir de estudios relacionados con el abordaje que se recrea en las obras literarias representativas de dichos sucesos: *Cien años de soledad*, de Gabriel García Márquez, para el primer caso, y *Las cruces sobre el agua*, de Joaquín Gallegos Lara, para el segundo. Se busca sustraer hallazgos investigativos que, con la pertinente confrontación, permitan levantar conclusiones, desde los estudios sociales y los literarios, que favorezcan la dilucidación de puntos comunes que conlleven a reconstruir la memoria histórica. El tipo de investigación considerado es el cualitativo, con un diseño hermenéutico de corte comparativo, teniendo en cuenta, a su vez, el ejercicio interdisciplinario entre la historia y la literatura. Desde esto, se estima, como problema de investigación, qué paralelo puede sustraerse de *Cien años de soledad* y *Las cruces sobre el agua* en torno al contexto de las Bananeras y la Masacre obrera de Guayaquil, respectivamente, de dos referentes del canon literario en Colombia y Ecuador. Para tal fin, el objetivo principal es analizar, desde los estudios sociales y literarios, los escenarios y circunstancias de dichas masacres, a partir de sus principales registros literarios. Así, se proyecta la resolución de la hipótesis:

las Bananeras y la Masacre obrera de Guayaquil tienen vigencia en la memoria histórica, gracias, en considerable medida, a la gestación de sus obras literarias representativas.

Palabras clave: economía, estudios sociales, historia, masacre, literatura.

Abstract

A binding investigation with social and literary studies is presented, regarding the Banana Massacre, which took place in 1928, in Colombia; as well as the workers' massacre of Guayaquil, of 1922. It is intended to establish its characteristics, versions, contexts and similarities, based on studies related to the approach that is recreated in the literary works representative of said events: *Cien años de soledad* (One Hundred Years of Solitude), by Gabriel García Márquez, for the first case, and *Las cruces sobre el agua* (The crosses on the water), by Joaquín Gallegos Lara, for the second. It seeks to subtract investigative findings that, with the pertinent confrontation, allow to draw conclusions, from social and literary studies, that favor the elucidation of common points that lead to reconstructing historical memory. The type of research considered is qualitative, with a comparative hermeneutical design, taking into account, in turn, the interdisciplinary exercise between history and literature. From this, it is estimated, as a research problem, what parallel can be subtracted from *Cien años de soledad* (One Hundred Years of Solitude) and *Las cruces sobre el agua* (The crosses on the water) around the context of the Banana Massacre and the Workers' Massacre of Guayaquil, respectively, from two references of the literary canon in Colombia and Ecuador. To this end, the main objective is to analyze, from social and literary studies, the scenarios and circumstances of these massacres, based on their main literary records. Thus, the resolution of the hypothesis is projected: the Banana Massacre and the Guayaquil workers massacre have validity in historical memory, thanks, to a considerable extent, to the gestation of their representative literary works.

Key words: economy, history, literature, massacre, social studies.

1. Introducción

Este trabajo es una mirada cualitativa, hermenéutica y comparativa de dos sucesos que, hasta la actualidad, persisten en la memoria colectiva de Colombia, de Ecuador y de América Latina. Entre la extensa amalgama de gestos culturales que unen a estos países, la violencia y el dolor también se han suscrito como asimilaciones convexas, en cuyos orígenes y circunstancias hay puntos comunes que ayudan a comprender, sociológicamente, la forma como se ha construido la historia de cada nación. Sin embargo, dichos análisis y sustentación de la memoria no solo competen al estudioso social, pues ciertas corrientes literarias apuestan por dialogar con los momentos históricos. De este punto se discierne la limitación principal, pues es menester sopesar, con precaución y acierto, el lenguaje de los estudios sociales y el literario.

Dicho lo anterior, si bien en el texto literario hay una representación estética de los hechos, no se puede asumir como documento historiográfico; pues la dirección del narrador es la mimesis. En virtud de que la memoria de muchos pueblos también es cantada por sus poetas —véase cómo la obra homérica permitió comprender hechos como la Guerra de Troya—, resulta enriquecedor recrear la masacre de las Bananeras, acontecida en Colombia en diciembre de 1928; así como la Huelga general de noviembre de 1922, en Ecuador: acontecimientos en los que se centra este análisis, desde la mirada representativa de Cien años de soledad, de Gabriel García Márquez, para el primer caso; y Las cruces sobre el agua, de Joaquín Gallegos Lara, para el segundo. Por ende, se asume, como variable independiente, las masacres obreras, con sus respectivas variables dependientes: Colombia, Ecuador, en lo que concierne al tópico espacial; 1928 y 1922, en el temporal, además de la medida literaria de las obras en mención, construyéndose la otra variable.

Asimismo, las referencias de los estudios sociales también es menester evocarlas, para ampliar la mirada científica de los hechos; en tal propósito, este trabajo plantea preguntas sobre los móviles, circunstancias y consecuencias de los sucesos, que tuvieron una derivación económica concluyente en crisis sociales que obedecen a génesis con gestos similares entre las relaciones de poder, la influencia del Estado en el conflicto, las repercusiones sociales, las formas de orden y las derivas geopolíticas que influyeron en el desarrollo de la violencia, así como el nicho cumplido por la lucha sindical. Por consiguiente, como base de análisis, se comprenden los interrogantes: ¿en qué nivel la representación literaria de estas masacres influye en la memoria colectiva?, ¿hasta qué altura hay semejanzas o diferencias, en sus origen, contexto y consecuencias? y ¿cómo alentaron el ímpetu de la lucha sindical de las décadas posteriores a la de 1920?.

Dicho esto, considerando el interés para el campo académico y profesional, es una investigación que invita a reasumir la memoria histórica y la valoración de las obras literarias que tienen su fundamento en esta, reconociéndose, además, la relevancia que tiene el ejercicio de análisis interdisciplinario, como forma de enriquecimiento del oficio científico, con los retos epistemológicos que esto conlleva. Además, el escenario dispuesto en las variables resulta significativo para la sociedad del conocimiento en Ecuador, Colombia y América Latina.

2. Marco teórico

Dentro de la concepción fenomenológica de los estudios sociales y, particularmente, de la investigación que ahora ocupa, es necesario concebir las masacres desde el énfasis de la violencia; por ende, el aporte de Ansaldi & Giordano (2014) *América Latina. Tiempos de violencias* explica, desde distintas perspectivas, la esencia de estos conflictos. De manera semejante, la dinámica opresora del Estado cuenta con la cabal premisa de restablecer el orden, en que la concepción del orden tiene un conglomerado de acciones y costos macabros, como es el caso de ambas masacres. Así, dicha consideración se reconoce desde el aporte de Ansaldi & Giordano (2016), *titulado América Latina: la construcción del orden*.

Desde la perspectiva económica, es claro que la génesis de los sucesos en cuestión tiene una marcada impronta de las derivas capitalistas y las prácticas de subyugación

social desde las élites, por medio del aparato estatal; frente a esto, el trabajo «Los cambios de los sectores dominantes en América Latina bajo el neoliberalismo», de Basualdo & Arceo (2006), ofrece antecedentes de la problemática en este sector del globo. Los lentes de observación hacia el nicho humano desde su participación en el statu quo, en que los roles preestablecidos están mediados por el poder y la plutocracia, dentro de un régimen de desigualdad, es tratado magistralmente por Cardoso & Faletto (2002), en su trabajo *Dependencia y desarrollo en América Latina* y, desde un perfilamiento del fenómeno, a partir de la concepción geopolítica, resulta complementario el trabajo «Estructura social y espacio geográfico», de Bushnell (2003).

Finalmente, es perentorio señalar el significado canónico y memorial de los textos base para esta investigación: *Cien años de soledad*, de Gabriel García Márquez (1976), considerada una de las obras cumbre de la literatura latinoamericana, y *Las cruces sobre el agua*, de Joaquín Gallegos Lara (2016), estimada como uno de los emblemas del realismo social ecuatoriano. Ambas se suscriben como retrato simbólico y estético de las masacres en mención, como forma de tejer la memoria literaria, desde un paradigma analítico que comulgue con los estudios sociales.

3. Metodología

Se trata de un enfoque metodológico cualitativo, considerado por Cook & Reichardt (1986) como un paradigma que apuesta por la fenomenología social y el reconocimiento problémico que parte de una premisa hipotética. En este caso, se trata de un ejercicio de observación que comulga la argumentación analítica con la línea descriptiva de la información; por ende, el diseño es hermenéutico que, desde los aportes de Gadamer, supone una vía de acercamiento desde la dualidad intérprete-texto y que, actualmente, se usa como derivación cualitativa que reconoce los textos literarios y de los estudios sociales desde una dinámica interpretativa. Por consiguiente, los datos ofrecidos desde la sociología y la historiografía sobre los sucesos en mención sirven para establecer una línea de abordaje que invita, primero, a la decodificación y, después, a la argumentación (Oñate, 2016).

Para este fin, se precisa de un corte metodológico de carácter comparativo, que, según Colino (2009), apunta hacia una medición de variables epistemológicas que pueden tener una relación parcial de diferencia o semejanza. Para este estudio, se plantea, por tanto, un plano de observación de las características contextuales de ambas masacres, así como un paralelo estético y factual de las dos obras literarias, a fin de alimentar la resolución de la hipótesis y las preguntas de investigación. De este modo, el escenario de los años 20, en materias económica y social, tiene fundamentos semejantes que evocan máximas globales que son levantadas por medio de un proceso de recolección de datos a partir del cotejo bibliográfico.

4. Resultados

1. Las convulsiones socioeconómicas de la década de 1920

La reflexión sobre la violencia inquiriere el reconocimiento de sus orígenes y paradigmas, en los que el elemento político supone un marco derivativo e imprescindible de estudio, como justifican Ansaldi & Giordano (2014): «Pensar la violencia o, mejor, el empleo de la violencia en América Latina, supone analizar las condiciones sociohistóricas que hicieron posible su generalización» (p. 28). En tal orden, ambos hechos comparten aspectos que pueden representar una comunión entre coyunturas que, a su vez, dirigen a un marco relativo o abarcador de generalidad. Las dinámicas en que se forjaron Colombia y Ecuador, a la altura de los años veinte, mantenían un origen de diversidad que discutía con el principio centralista del Estado, toda vez que las regiones sostuvieron un múltiple ahínco económico y sociopolítico que obedeció a las particularidades en que estas han marchado y que construyeron un relieve autónomo que las diferenció: «La consolidación del Estado en estos países [también Bolivia y Perú] estuvo fuertemente condicionada por una profunda heterogeneidad geográfica y social, que derivó en un “particularismo localista” o “dispersión regional del poder”» (Ansaldi & Giordano, 2016, p. 547).

Asimismo, el contexto que anticipó este panorama marcó una discusión entre la labor obrera urbana y la rural, sobre todo cuando a inicios del siglo XX se pronosticó un fulgor en el sector industrial, bajo una determinación de los intereses económicos en distintos sectores, así como desde la priorización de las inversiones extranjeras y su influjo en el mercado interno, específicamente en lo que concierne a las industrias bananera y petrolera:

A comienzos del siglo XX, se advierte una recuperación de la economía industrial, y esto como consecuencia de la dirección hacia el mercado interno que los sectores burgueses dan a las inversiones, hecho del que derivó no sólo un robustecimiento de la expansión urbana en el primer cuarto de siglo, sino también el aumento de la diferenciación social; se amplía la “pequeña burguesía” y surge un sector obrero urbano agrícola como consecuencia tanto de la incipiente industrialización, como de la explotación extranjera del petróleo y del banano (Cardozo & Faletto, 1978, p. 76).

Ambas masacres se suscribieron en un marco de significativo dinamismo económico y en torno a productos emblemáticos que asentaron un escenario cultural y, a su vez, un núcleo de conflicto: el caso del banano, en Colombia, tuvo una presencia determinante en términos de poder, pues este país se convierte, a esa altura, en el tercer exportador del producto; García Márquez (1976), en la novela mencionada, así lo recrea: «Había pasado más de un año desde la visita de mister Herbert, y lo único que se sabía era que los gringos pensaban sembrar banano en la región encantada [...]» (p. 197). Esta mención puede aludir a que, mientras el café tuvo soberanía nacional, la explotación del banano estuvo bajo la potestad de capitales extranjeros, específicamente de la United Fruit Company (UFCo) (Ansaldi & Giordano, 2016). Sin embargo, esta distinción entre las dinámicas como funcionaron ambos productos tuvo una desavenencia que se vislumbró en el fondo de la producción interna y la apertura del mercado, que desfavoreció el café, cuando este, si bien superaba el monto de las exportaciones del banano, se abría «en función del mercado exterior, en un proceso de franca declinación» (Cardoso & Faletto, 2002, p. 98).

El conflicto con esta firma norteamericana se originó cuando estipuló que los derechos de los obreros estuviesen en manos de contratistas y no directamente de la compañía, presuntamente para eludir obligaciones del régimen laboral del país, que tenía una legislación desde 1915. Además, se implementó el pago a través de bonos o vales redimibles en comisariatos que cobraban un porcentaje a los obreros; por tanto, hubo una disonancia entre las garantías de los trabajadores y los intereses de la compañía.

La violencia, en este punto, se asume como resultado de cortarse con el doble filo de las numerosas ofertas laborales que no siempre se traducen en calidad de vida, la que se da con las garantías para oficiar el trabajo: «Una economía con altos niveles de empleo suele generar más posibilidades de conflictos, de violencia variable» (Ansaldi & Giordano, 2014, p. 2). De tal manera, esta relación trazó una forma de repensar la intromisión del Estado entre la mano obrera y agentes externos que influyeron considerablemente en la arritmia que agitó la relación entre el sector público y el capital privado; además que la fuerza sindical ponía reiterados jaques dentro del diálogo oligárquico entre la gran empresa y el poder político. Este análisis, sobre todo en la causal de la descomposición que afrontó Ecuador, cuando el Estado perdió el control de la relación importaciones-exportaciones, se puede comprender en la fórmula que plantea Basualdo (2016):

El proceso de sustitución de importaciones en América Latina había tenido (...) acentuados rasgos comunes: el fuerte peso del Estado como orientador del proceso y agente productivo; el control público de los flujos financieros orientado a apoyar el proceso de industrialización, y la estrecha articulación entre la expansión de la capacidad productiva (a cargo, preponderantemente, de empresas especializadas) y el consumo interno (p. 16).

En Ecuador, la marea tuvo similares vientos, aunque con diferencias esenciales; específicamente en que el sistema de hacienda del país caribeño «no fue un factor de cohesión tan primordial como en Perú y Ecuador» (Ansaldi y Giordano, 2016, p. 548); en este, también tuvo mayor resonancia un producto representativo, el cacao, y que tiene registros de relevante auge desde siglos atrás y que ha forjado el interés y eventos migratorios de grupos humanos de otras regiones: «[...] otros indios de montaña, por no mencionar los mestizos, se abrieron camino hacia la llanura costera de Guayaquil, donde la producción de cacao aumentaba con rapidez» (Bushnell, 2003, p. 120); empero, la reducción del precio de cotización —de 8 a 4 sucres la libra— fue una de las causas del brete social hacia 1922. Esta semilla configuró cómo se pensaba la economía del país, particularmente desde un eje regional, la costa, donde desde finales del siglo XIX «los terratenientes cacaoteros y los sectores encargados de la comercialización de la fruta, muchas veces provenientes de la misma clase terrateniente, pronto se vieron beneficiados por el aumento de la producción» (Ansaldi & Giordano, 2016, p. 550). La dificultad estribó en el alba de los años veinte por la falta de divisas, el exceso de importaciones y la reducción, cada vez más abismal, de las exportaciones, situación retratada por Gallegos (2016): «La escoba de bruja... la peste... el cacao se acabó» (p. 190).

2. La simbología literaria, en el marco de la lucha sindical

El conflicto en Ecuador, a diferencia del caso colombiano, tuvo gran apoyo de otros gremios como el de los carpinteros, artesanos, ferroviarios, sastres y panaderos; en este

último, se enmarca la lucha obrera en la novela de Gallegos (2016): «[...] si en la actualidad hubiese esclavos, habría que hacer como ese que se alzó. Soportar como hacían los demás panaderos ¿no equivalía a someterse a un amo? Por lo mismo había rechazado de muy chico ser paje de casas de blancos» (p. 211). Puede contemplarse cómo se adopta el oficio de panadero como un tipo de esclavitud, que remite al ahogo social de ese momento.

Vale decir que uno de los puntos comunes, tanto en estas obras literarias como en el contexto regional, es que acontecen en la costa; para el caso colombiano, hubo un significativo aporte de la integración en los pueblos de la zona del Magdalena para formar los sindicatos y confluir en Ciénaga, donde ocurrió la masacre, los que buscaban mejorar sus salarios y condiciones de trabajo y se vincularon para la agitación que duró desde 1918 hasta finales de la década de 1920 (Ansaldi & Giordano, 2016). En Ecuador, de su parte, la integración se forjó, mayoritariamente, entre los gremios de Guayaquil, salvo la intervención resonante de Durán, cantón vecino de la «Perla del Pacífico»; esto atiende a la importancia que dicha ciudad ejerce dentro de la región litoral, al establecerse como puerto y centro mercante, así como la dicotomía que constituye con el núcleo político nacional y de la Sierra, Quito.

A más, este artefacto económico plantea una discusión sobre la exacerbada relación colonial que se mantiene sobre el aparato productor y que alía las ópticas rural y urbana en clave de un mismo eje de capital que se concentra en dichos epicentros urbanos, a la vez que revelan un plano de generalidad que permita comprender el contexto en que se dio el conflicto: «La explotación del cacao era parte del legado colonial y fue la actividad primaria que impulsó el desarrollo en Guayaquil como centro económico, al lado de la tradicional ciudad de Quito» (Ansaldi & Giordano, 2016, p. 550).

En función de los productos base en que se centraron las dos masacres, es preciso referir que la deriva geopolítica influyó en la dificultad de dominio del Estado sobre el producto bananero, para el caso de la costa colombiana, y del cacao, para el de la ecuatoriana. Sin embargo, en Ecuador, quienes hicieron la primera huelga fueron los ferroviarios de Durán, que pertenecían a la compañía Guayaquil and Quito Railway y, luego, los de la Empresa Eléctrica, como vivifica Gallegos (2016): «Desde la primera huelga, la de los ferroviarios de Durán, pensó en ellos. ¡Qué desgracia que el gremio anduviera así aplanado! Su taita y su tío Adolfo le habían conversado cómo eran los obreros de panadería, de otros años» (p. 222). Esto declara que, mientras en Colombia el conflicto se detonó por el banano y fueron los gremios adscritos a este sector los que tuvieron mayor influencia, en Ecuador hubo un ejercicio más integrado de otros gremios, aunque menos expandido territorialmente.

Además de los productos mencionados, el ferrocarril también tuvo una manifiesta simbología en el apremio y en el escenario literario. Desde la Revolución industrial, este invento fue el estandarte del discurso desarrollista, en virtud de que, por medio de este, es posible el dinamismo industrial. A Aracataca —de donde es originario García Márquez— el tren llegó en 1911 y se dirigió hacia Santa Marta, a una hora del pueblo del Nobel, cuyo reflejo es constante en su obra literaria: «Fue entonces cuando concibió el paso decisivo no sólo para la modernización de su industria, sino para vincular la población con el resto del mundo. — Hay que traer el ferrocarril —dijo» (García Márquez, 1976, p. 190). Como puede verse, el tren representa la inclusión de una ciudad ante el mundo y el interior, dentro del prototipo del desarrollo; esto se justifica, con mayor precisión, en lo que Cardoso & Faletto (1978) mencionan: «las compañías bananeras ejercen el virtual monopolio de los ferrocarriles y de los puertos fruteros de embarque» (p. 98).

De otra parte, el Ferrocarril Trasandino o Ferrocarril del Sur, impulsado por Alfaro en la década de 1870, tuvo semejante mímica, pues uno de sus fines era unir el Puerto Principal con la capital administrativa. No se conoce un registro detallado de la influencia de la Sierra en las huelgas de 1922 en Guayaquil; no obstante, la primera implementada por los ferroviarios, según se precisa en Las cruces sobre el agua, tiene una anotación o consecuencia coherente, pero que no se discutió con propiedad en la época: «La lucha ferrocarrilera sólo se sintió en la escasez de víveres de la sierra» (Gallegos, 2016, p. 211). De este modo, se infiere que esta masacre obrera en Ecuador fue un suceso directamente vinculado con la Costa y no tanto con influencia del interior.

3. Génesis y personajes

Desde otro punto de vista, el rol del sindicalismo fue determinante en términos de logística, univocidad, aliento y amalgamamiento entre sectores, para el caso ecuatoriano, y de regiones, para el colombiano. En las Bananeras, que ya contaba en 1928 con cerca de 25000 obreros, se levantaron comités y asambleas que maquinaron toda la sublevación, y hubo células en las ciudades o municipios de impacto del conflicto, donde se discutió los términos del procedimiento y en que los colonos campesinos tuvieron vinculación directa. El tono político o partidista no tuvo una resonancia relevante, si se mira el fondo ideológico del caso ecuatoriano, que tuvo una participación considerable de grupos con una corriente política definida como la Federación de Trabajadores Regional del Ecuador (FTRE) que tenía una inclinación anarcosindicalista.

No obstante, en *Cien años de soledad*, se evidencia el estereotipo con que se vincula a quien opina en contravía del supuesto orden o del *statu quo*: «Esto es lo último que nos faltaba [...] Un anarquista en la familia. La huelga estalló dos semanas después y no tuvo las consecuencias dramáticas que se temían. Los obreros aspiraban a que no se les obligara a cortar y embarcar banano los domingos [...]» (García Márquez, 1976, p. 247). Adicionalmente, en este extracto se puede observar uno de los puntos del pliego de peticiones de los sindicatos bananeros, el derecho al descanso, como se verá más adelante.

Ambos escenarios plantearon el surgimiento de líderes que fueron determinantes, no solo en los pliegos de petición sino en la gestión de las movilizaciones: Raúl Eduardo Mahecha, de origen campesino, fundó un movimiento sindical que tuvo un influjo de voces memorables como la de María Cano y tejió parte de los puntos del documento de demandas y peticiones de los bananeros. El pregón de aliento que coreó el grupo de hombres, mujeres y niños que llegaron a Ciénaga el 5 de diciembre de 1928 fue «¡Viva Colombia libre!, ¡viva la huelga!», que se mantuvo hasta que los soldados prendieran fuego.

Esta unión de los distintos sectores de la población se guio también bajo la prédica de una frase que animó la huelga con un fervor que retumbó en el centro de Guayaquil y que tuvo la influencia de líderes que llevaron la bandera reaccionaria; para el caso de los sublevados de 1922, quien elevó el lema de lucha fue José Vicente Trujillo, quien proclamó ante la multitud: «Hasta hoy el pueblo ha sido cordero, pero mañana se convertirá en león». Asimismo, el bando militar tuvo a la cabeza dos figuras: el general Cortés Vargas, quien guio a los 300 soldados instalados en la estación del ferrocarril en Ciénaga, y el general Enrique Barriga, en Guayaquil. Una imagen hipotética del caso del general Barriga pudo ser, en parte, la recreación que

Gallegos (2016) hace: «El jefe de zona, el general Panza, era un serrano, chupista insigne» (p. 195); sin embargo, es apresurado afirmar que se trataría del mismo ente, dada la intención estética y no historiográfica de la novela.

Además, para hablar en clave de la disposición del orden social y político, esta década marcó el pulso iniciado de la anterior, cuando ya surgía una incipiente náusea social: «Aunque hubo conflictos, estos no afectaron el orden sino hasta 1910, si bien la situación social fue muy tensa, incluyendo acciones de violencia, como ocurrió en 1928» (Ansaldi & Giordano, 2016, p. 552). También, esa configuración del orden se da tras las decisiones que recayeron en la población y se transmitieron directamente a los generales: Barriga tuvo el mandato del presidente Tamayo de restablecer el orden en Guayaquil para el ocaso del 15 de noviembre, al precio que fuese.

De otro lado, el orden en las revueltas de los bananeros tuvo una medida de coerción que, en la madrugada del 6 de diciembre, prohibía asambleas y reuniones de más de tres personas, además de un decreto legislativo, enviado desde Bogotá, que designaba funciones a Cortés Vargas para aplicar procedimientos, menguado, a su vez, en una disposición de estado de sitio en la ciudad. En este punto, el Ministerio de Guerra fue determinante. García Márquez (1976) refleja dicho mandato, en un marco en que los militares no optaron por una vía pacífica, más allá de que algunas fuentes refieren que los militares sí hicieron medidas previas al fuego y, en tal inclinación, no hubo acato por parte de los huelguistas: «La ley marcial facultaba al ejército para asumir funciones de árbitro de la controversia, pero no se hizo ninguna tentativa de conciliación» (p. 254). Asimismo, se dice que hubo tiros al aire de parte de los militares en Guayaquil y que intentaron, presuntamente, contrarrestar así la huelga.

Otra semejanza definitoria entre ambas masacres fue las características del pliego de peticiones. Los nueve puntos enumerados por los sindicalistas bananeros fueron el pago de un seguro colectivo obligatorio y de uno contra accidentes laborales; el derecho al descanso dominical, como se ve en el fragmento de García Márquez, líneas atrás; aumento de los jornales; eliminación de los comisariatos; pagos semanales y en efectivo; abolición de los vales; supresión de los intermediarios en los contratos, y la creación de hospitales. Estos nueve puntos tuvieron una paradójica reprimenda por parte de los militares y que muestra una anomia en el establecimiento del «orden», pues presuntamente uno de los coroneles, tras la masacre, dejó nueve cadáveres visibles como respuesta alusiva a la cantidad de puntos del pliego, nueve. Este plano de requerimientos tuvo una dirección precisa, la UFCo, y no hubo mención directa hacia el Gobierno. En este orden de ideas, los cuatro pliegos de los gremios en las huelgas de Guayaquil fueron la libertad de los obreros recluidos, el descenso de la divisa, el aviso de despido con un plazo pertinente y la disminución de las horas de trabajo; este último es idéntico a uno de los pliegos de los bananeros.

Adicionalmente, hubo una diferencia en la dirección política de la huelga; pues, mientras en Colombia la querrela era con la UFCo, la desazón en Ecuador fue frente al gobierno de José Luis Tamayo, quien tuvo una relación burocrática, desde años atrás, con el poderoso Banco Comercial y Agrícola, lo cual jugaba en desfavor del mandatario a quien se le acusaba los supuestos beneficios de las élites, mientras el resto de la población se quedaba sin herramientas para afrontar la crisis: «Los conflictos entre las distintas fracciones oligárquicas se tejieron de modo complejo y no tardaron en emerger apenas la crisis económica tocó las fibras más delicadas del engranaje político» (Ansaldi & Giordano, 2016, p. 558).

A esta altura, se hace preciso mencionar el nexo factual entre la oligarquía, las

relaciones internacionales y el poder que las bancas guayaquileña y nacional ejercían no solo sobre los derroteros económicos del Estado, sino también en las decisiones políticas, específicamente en la influencia que el gerente de dicho banco, Francisco Urbina, tuvo sobre la política nacional. Esto se resume nuevamente en el prisma socioeconómico del cacao: «En Ecuador, la explotación más rentable fue la del cacao en la costa, donde, gracias al acumulación proveniente del comercio internacional, se consolidó, además de los sectores propietarios rurales, un grupo poderoso de comerciantes y banqueros» (Ansaldi & Giordano, 2016, p. 550).

Este tipo de condiciones y desacuerdos dejaron entrever que ambas masacres, quizá, hubieran podido evitarse, si hubieran cedido las partes, sobre todo la impugnada. Tamayo no accedió a una mesa de diálogo, y la UFCo dio prioridad a sus intereses por encima de las garantías de los trabajadores, lo que detonó la revuelta y el cese de actividades laborales; así lo rastrea estéticamente el escritor de Aracataca: «La huelga grande estalló. Los cultivos se quedaron a medias, la fruta se pasó en las cepas y los trenes de ciento veinte vagones se pararon en los ramales» (García Márquez, 1976, p. 254).

De manera semejante, en Las cruces sobre el agua se refleja cómo la agitación era inminente y no solo obedeció a un plano generalizado, sino a situaciones particulares en la relación con los patrones: «Alfredo casi mantenía la opinión de cuando trabajaba donde Mano de Cabra: antes que declararse en huelga es preferible darle una patada a los patrones» (Gallegos, 2016, p. 211).

Estas aventuras marcaron puntos de quiebre en las relaciones de poder social, hasta entonces forjadas por un marasmo de imperturbabilidad, y que sirvieron de aliento para influir en el ímpetu sindicalista de los años posteriores, como verifican Cardoso & Faletto (2002): «Las huelgas obreras y las reivindicaciones de los trabajadores de UFCo [...], si bien fueron reprimidas muchas veces de forma violenta, señalaban la naciente complejidad de la estructura económica y social del país y posibilitaron y crearon las condiciones para conmover la política colombiana» (p. 277).

4. *Primeras consecuencias*

Concerniente a la cantidad de muertos de ambas masacres, las cifras resultan inestimables; sin embargo, hay una evaluación de alrededor de 1500 muertos, en las Bananeras, y de centenares, en la de Guayaquil —miles, según testigos—. En este aspecto, hubo rasgos semejantes y que les dieron un carácter aún más célebre a los sucesos; pues, presumiblemente, hubo fosas comunes y cadáveres sumergidos en mar y río. García Márquez representa memorablemente la imagen de las víctimas, aludiendo nuevamente a la simbología del tren, solo que este tendría a la muerte como último puerto, pero se hallaba ante una figura que se provocaría dantesca y que se ha mantenido en el imaginario colectivo, más allá de que se sigue elucubrando, hasta ahora, sobre cifras y responsables que parecen determinarse según la orilla política con la que cada quien comulgue en la coyuntura actual:

Quando José Arcadio Segundo despertó estaba boca arriba en las tinieblas. Se dio cuenta de que iba en un tren interminable y silencioso, y de que tenía el cabello apelmazado por la sangre seca y le dolían todos los huesos. Sintió un sueño

insoportable. Dispuesto a dormir muchas horas, a salvo del terror y el horror, se acomodó del lado que menos le dolía, y sólo entonces descubrió que estaba acostado sobre los muertos. No había un espacio libre en el vagón, salvo el corredor central. Debían de haber pasado varias horas después de la masacre, porque los cadáveres tenían la misma temperatura del yeso en otoño, y su misma consistencia de espuma petrificada, y quienes los habían puesto en el vagón tuvieron tiempo de arrumos en el orden y el sentido en que se transportaban los racimos de banano (García Márquez, 1976, p. 347).

Dentro de ese mismo juego de realidades, sucesos y representaciones, se ha tejido, para el caso de la masacre de Guayaquil, una imagen que persiste cada año, pues sobre el río Guayas, cada 15 de noviembre, se lanzan cruces sobre el agua en homenaje a las víctimas, ritual que rememora aquellos cadáveres cuyos vientres fueron abiertos para que no reflataran sobre el agua, aunque sí rebalsaron sobre la memoria de los ecuatorianos, como se mimetiza en este fragmento de Gallegos (2016) y que, si no se conociera aquel homenaje anual, se creería que algo así solo pudo basarse en la inventiva de un gran escritor, más que en una realidad.

Ahí debajo, de donde están las cruces hay fondeados cientos de cristianos, de una mortandad que hicieron hace años. Como eran bastantísimos, a muchos los tiraron a la ría por aquí, abriéndoles la barriga con bayoneta, a que no rebalsaran. Los que enterraron en el panteón, descansan en sagrado. A los de acá ¿cómo no se les va a poner la señal del cristiano, siquiera cuando cumplen años? Entonces, Alfonso reparó en la extraña coincidencia: ese día era 15 de noviembre (...) Las ligeras ondas hacían cabecear bajo la lluvia las cruces negras, destacándose contra la lejanía plomiza del puerto. Alfonso pensó que, como el cargador lo decía, alguien se acordaba. Quizá esas cruces eran la última esperanza del pueblo ecuatoriano (p. 280).

5. Síntesis

A continuación, se comparte una contextualización ordenada de los principales puntos comunes o divergentes en las obras y las masacres, consecuente con los aspectos más significativos de la investigación.

	Suceso	
	Huelga General	Las Bananeras
Espacio	Guayaquil (Guayas, Ecuador), región Costa.	Ciénaga (Magdalena, Colombia), Costa Atlántica.
Tiempo	15 de noviembre de 1922.	5 y 6 de diciembre de 1928.
Móviles	<ul style="list-style-type: none"> - Declive en la exportación cacaotera. - Precarización laboral. - Devaluación. 	<ul style="list-style-type: none"> - Precarización laboral.
Gobernante	José Luis Tamayo (1858-1947), presidente entre 1922 y 1924.	Miguel Abadía Méndez (1867-1947), presidente entre 1926 y 1930.
Producto y objeto emblemáticos	<ul style="list-style-type: none"> - Cacao. Se reduce de 8 a 4 sucres la libra, lo que contribuye a la inflación traducida en la desequilibrada relación entre el salario y el costo de vida y, por ende, en la precariedad laboral. - Ferrocarril, impulsado por Eloy Alfaro desde 1870. 	<ul style="list-style-type: none"> - Banano. Colombia, a la altura de 1928, es el tercer exportador mundial de banano. Sin embargo, los dividendos de su exportación, además de la cuestionada participación de la United Fruit Company, no generaban bienestar social en los trabajadores del sector. - Ferrocarril, desde 1911.
Perpetradores	<ul style="list-style-type: none"> - Policía y ejército ecuatorianos. - Gobierno. - General Barriga. 	<ul style="list-style-type: none"> - Ejército colombiano. - Gobierno. - General Cortés Vargas. - United Fruit Company (UFCo).
Víctimas	Huelguistas y parte de la población general.	Huelguistas y parte de la población general.
Lema	«Hasta hoy el pueblo ha sido cordero, pero mañana se convertirá en león», José Vicente Trujillo.	«¡Viva Colombia libre!, ¡viva la huelga!», Raúl Eduardo Mahecha .
Pliego	<ul style="list-style-type: none"> - La libertad de los obreros recluidos. - Ascenso de la divisa. - Aviso de despido con un plazo pertinente. - Disminución de las horas de trabajo. 	<ul style="list-style-type: none"> - Pago de un seguro colectivo obligatorio y de uno contra accidentes laborales. - Derecho al descanso dominical. - Aumento de los jornales. - Eliminación de los comisariatos. - Pagos semanales y en efectivo. - Abolición de los vales. - Supresión de los intermediarios en los contratos. - Creación de hospitales.

Gremios	- Guayaquil and Quito Railway. - Empresa Eléctrica. - Federación de Trabajadores Regional del Ecuador (FTRE). - Gran Asamblea de Trabajadores de Empleados de la Empresa de Luz y Fuerza Eléctrica.	Trabajadores de la United Fruit Company.
Víctimas	Variable, según las diversas referencias.	Variable, según las diversas referencias.
Obra literaria que representa la masacre	Las cruces sobre el agua, de Joaquín Gallegos Lara.	Cien años de soledad, de Gabriel García Márquez.
Estilo o tendencia estética	Realismo social.	Realismo mágico.
Año de publicación	1946.	1967.

5. Conclusiones

Este análisis ha permitido abordar un plano de generalidades que ayudan a comprender la génesis, el contexto, las circunstancias y la percepción estética de dos masacres que han influido en el trasegar de la lucha obrera durante las décadas posteriores a la de 1920. Es imprescindible conocer la forma como se ha tejido la memoria de los pueblos, no solo desde la historiografía sino desde otras ópticas que han puesto en diálogo a los testigos de los hechos, a quienes los mimetizan, a quienes los analizan científicamente, para hacer un pertinente ejercicio de reconstrucción de estos, y generar reflexiones sobre sucesos que no están vanamente registrados, sino que están ahí en los anaqueles de la memoria para ser redescubiertos y reconstruidos críticamente.

Los puntos comunes encontrados en ambas realidades permitieron desarrollar unas expectativas estimadas previamente y que complementan un plano comparativo, no solo en función de las diferencias, sino de las semejanzas, desde un nivel de parcialidad gradual, desde dos materias de enriquecedora complementariedad como son la literatura y las ciencias sociales, como forma de enriquecimiento interdisciplinario en el ejercicio de la investigación científica.

Bibliografía

- Ansaldi, W. & Giordano, V. (2016). *América Latina. La construcción del orden*. (1ª edición). Ariel, Buenos Aires.
- Ansaldi, W. & Giordano, V. (2014). *América Latina. Tiempos de violencias*. (1ª edición). Ariel, Buenos Aires.
- Basualdo, E. M. & Arceo, E. (2006). Documento inicial. Los cambios de los sectores dominantes en América Latina bajo el neoliberalismo. La problemática propuesta. Basualdo, E. M. & Arceo, E. (2006). Neoliberalismo y sectores dominantes. Tendencias globales y experiencias nacionales (pp. 15-26). CLACSO, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales. Disponible en: <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/grupos/basua/DocInicial.pdf>.
- Bushnell, D. (2003). Estructura social y espacio geográfico. En UNESCO (2003). *Historia General de América Latina* (pp. 111-136). (1ª edición). Ediciones UNESCO y Editorial Trotta, Madrid.
- Cardoso, F. H. & Faletto, E. (2002). *Dependencia y desarrollo en América Latina*. (1ª edición). Siglo Veintiuno Editores, México D.F.
- Colino, C. (2009). Método comparativo. Diccionario Crítico de Ciencias Sociales. Terminología Científico-Social, Madrid-México, Plaza y Valdés. http://www.theoria.eu/dictionary/M/metodocomparativo_a.htm
- Cook, T. D., & Reichardt, C. S. (1986). Métodos cualitativos y cuantitativos en investigación evaluativa. Morata, Madrid. https://www.academia.edu/download/42343500/Cook_Reichardt.pdf
- Gallegos Lara, J. (2016). *Las cruces sobre el agua*. (1ª edición). Libresa, Quito.
- García Márquez, G. (1976). *Cien años de soledad*. (1ª edición). Círculo de Lectores, Barcelona.
- Oñate, R. (2016). El método hermenéutico en la investigación cualitativa. <https://n9.cl/lgep0>

Recibido: 27 de marzo de 2021

Aceptado: 9 de abril de 2021